



EL TALENTO Y LA CONSTANCIA

En aquellos tiempos en que los animales hablaban, se fundó en Roma una Universidad, á fin de educarlos sabiamente y obtener de ellos provechosos frutos.

¡Vaya una matrícula que hubo el primer año!

Todos los animales querían instruirse y emprender carreras con ánimo de ser unos animales muy poco... animales.

Las altas regiones de la ciencia les parecían muy fáciles de escalar, y no digamos nada del producto que pensaban obtener del ejercicio de sus profesiones.

Leones, zorros, tigres, monos, ardillas, perros, lobos, loros, todos encontraban estudios adecuados á sus facultades naturales.

¿Qué les faltaba pues?

Sólo asistir á clase, y aprender en los libros cuanto para sus aspiraciones fuese necesario.

El grupo formado por los pollinos era el único que se mostraba mohíno y cabizbajo.

¿A qué profesión se iban á inclinar los pobrecitos, tan borricos como eran?

Resolvieron probar en el curso preparatorio sus fuerzas,

bien tristemente persuadidos de que para nada serviría su buen deseo.

Comienzan las clases.

Los animales de gran inteligencia, como el león, el perro, etcétera, no asistían muy puntuales ni prestaban gran atención á las explicaciones, persuadidos de que su talento les ayudaría.

Los astutos, como los zorros, cucos y demás, se descuidaban también, pensando que merced á su gran astucia saldrían victoriosos en los exámenes con alguna *martingala* ó travesura.

En cuanto á loros, papagayos y otros, ocupados en charlar sin descanso y producir alborotos estudiantiles, ni se acordaban de la marcha que llevaban los profesores en su plan de estudios.

Sólo los pobres pollinitos, preocupados con su inutilidad y procurando que no se la conociesen demasiado alumnos y profesores, para evitar las burlas, asistían á clase con gran exactitud, y poniendo las orejas muy tiesas, atendían sin perder palabra de lo que decían los maestros.

Llegaron los exámenes, que no puedo asegurar si serían precisamente en Junio.

El tribunal, compuesto de muchos sabios, empezó la tarea difícil y laboriosa, de apreciar el fruto del trabajo de un curso



¡Quién lo dijera!

Los animales dotados de inteligencia potente; los que poseían picaresca habilidad; los que habían sido siempre locuaces, todos, todos enmudecieron ante el severo tribunal, ó solamente balbucearon tonterías.

Sólo el grupo de asnos, después de vencer la timidez y vergüenza producidas por la conciencia que tenían de que eran muy burros, contestó á las preguntas de los sabios, y demostró que, á lo menos, se habían hecho cargo de las explicaciones.

Entonces comprendieron todos que de nada sirven las dotes naturales si no se las dirige bien. Que la aplicación y la constancia son cualidades que á veces tienen la virtud de obscurecer al talento, si éste no se sabe aprovechar, y también se convencieron todos de que más *borricos* son los que habiendo sido favorecidos con poderosa inteligencia no saben sacar de ella provechoso fruto, que los que han tenido la desgracia de nacer *cortos de alcances*.

MARÍA DE ATOCHA OSSORIO Y GALLARDO



AVENTURAS POR MAR Y POR TIERRA DEL BARON DE MUNCHAUSEN

DE LOS PERROS QUE USABA EL BUEN BARÓN EN SUS MEJORES TIEMPOS

Hay entre mis oyentes (no me atrevo á decir admiradores para que no me llamen vanidoso) quienes oyen mis hechos muy prudentes: pero existen también ciertos señores que escuchan con un gesto sospechoso, una expresión extraña, de escama y de recelo,



como si fuera el nieto de mi abuelo el famoso barón de la Castaña. Con uno de ellos, que al oírme un día me estaba contemplando con misterio con el rabo del ojo, y sonreía, me encaré yo muy serio, y así le interpelé:

—Mi noble amigo ¿usted duda quizá de lo que digo?
—No, ¡vive Dios!—me contestó en el acto.—
Es que cuando me quedo estupefacto por un suceso exacto de los que usted refiere, señor mío, ¡de puro estupefacto, me sonrío!
—Es que si os asaltare algún recelo sobre cualquier detalle de mi historia, que pueda al pronto parecer camelo, estoy siempre dispuesto, ¡vive el cielo! á dar la explicación satisfactoria.
—Puesto que sois—me dijo—tan amable cual cazador notable, quisiera aprovechar la coyuntura para una preguntilla.
—Díjala en hora buena.

—Es muy sencilla

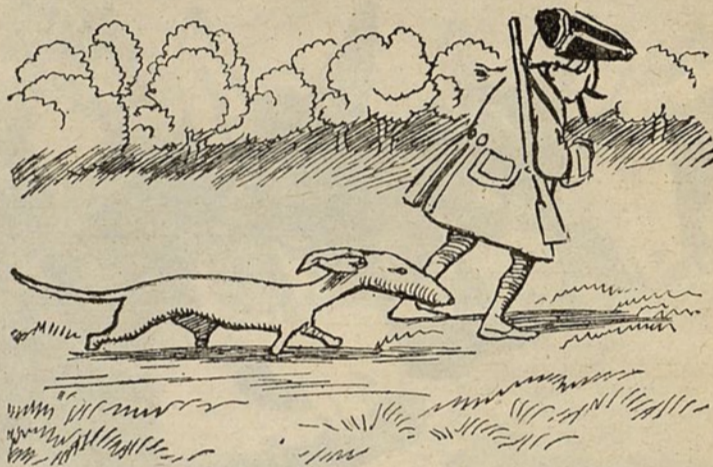
Todos los cazadores nos hablan de sus perros excelentes, y usted, que es cazador de los mejores,

jamás en sus proezas eminentes nos habla de los perros que tenía
¿Cazaba usted sin can?

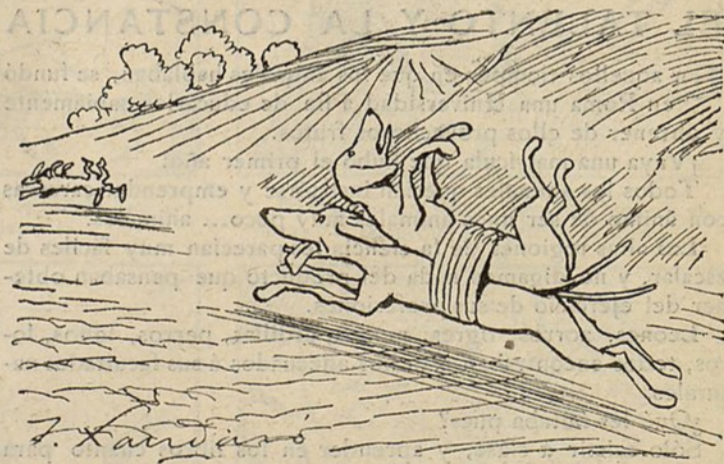
—¡Por vida mía!

le contesté.—¿Tan flaco de memoria es mi interlocutor, que ya ha olvidado á mi perro, de mágicas narices, de quien conté otras veces que olfateaba un bando de perdices en la propia barriga de los peces? Me confesó su olvido; me pidió mil perdones en el acto, por donde el socarrón *estupefacto*, que me quiso correr, quedó corrido. Yo continué triunfante:

—Pero no tuve sólo á aquel *Diamante* sino otros muchos de excelente raza que hicieron maravillas en la caza.



Tuve yo un galgo, *Rayo*, que rayaba donde ninguno, y tanto trabajaba que á los ocho ó diez años de servicios, por llanos, montes, breñas, precipicios, tanto sus pobres patas trabajaron... que se le desgastaron, y quedó tan bajito, que dejó de ser galgo el pobrecito ¡y en su vejez sirviome de zarcero! Verdad es que tenía que habérselas con liebres especiales que en la región donde me hallaba había. Era una casta aquella de animales muy poco conocida, que tenía además de sus patas naturales, otras cuatro en el lomo, y sucedía que, repartiendo entre ellas el trabajo, cuando cansada iba á fuerza de correr con las de abajo ¡empezaba á correr con las de arriba! Largo tiempo burlaron á mis canes, hasta que á mí, después de mil afanes



y de pasar mis horas mas ingratas, se me ocurrió el remedio. ¿Sabéis como? Para seguir las liebres de ocho patas... ¡ataba yo dos perros por el lomo!

C. L. C.

LOS AGAMIS

Son estos animales unas aves del tamaño próximamente de una gallina, y tienen unas patas largas que las hacen muy ligeras en la carrera, y unas alas cortas que no les permiten grandes vuelos. En las Antillas se las llama también *caracaras*, y en Cayena y en la Guayana reciben el nombre de *ave trombeta*, por el sonido especial que emiten con el pico cerrado. Dicen que el agamí es un animal aficionadísimo á la música, y que cuando oye tocar un instrumento agita las alas y da muestras de gran alegría; pero la particularidad más notable del agamí es que se domestica perfectamente y presta utilísimos servicios al hombre. Ved lo que refiere de esta ave curiosa un testigo digno de todo crédito:

«Encontrábame hace unos años en Angers (Francia), en casa del médico, y estábamos paseando por el patio, cuando oímos unos golpecitos en la puerta que daba al campo. Distruido mi amigo no se había dado cuenta de que llamaban, y cuando yo se lo dije, me contestó:

«—¡Ah!, sí, es el *Golilla* que vuelve con el ganado—y diciendo esto, se dirigió á abrir la puerta, por la que vi entrar una veintena de gansos, seguidos de un pájaro negro del tamaño de un gallo de Cochinchina. Era un agamí. Mi amigo cerró la puerta, y yo le dije:

«—¿No entra el pastor?

«—¿El pastor?—replicó,—el pastor mírele usted allí. ¡*Golilla, Golilla!*—gritó, y el agamí empezó á correr, á agitar las alas, dar saltos y manifestar su alegría á su amo mientras yo quedaba atónito de admiración viendo la escena.

«Cuando estábamos comiendo, entró *Golilla* en el comedor y su amo le dijo:

«—¿Vienes por un terrón de azúcar, picaro? Anda y pídeselo á ese señor.

«El agamí vino hacia mí, picoteándome las botas y moviendo las alas. Después que le dimos su amo y yo algunos terrones, le dijo mi amigo:

«—Bueno, señor de *Golilla*, ya tiene usted bastante; vaya usted á su obligación.

«Y el pájaro tomó la puerta con la mayor seriedad.

«Me aseguró el médico que guardaba perfectamente sus gansos, sin que se le hubiera extraviado ni uno siquiera y que tenía un asombroso cuidado de que todos comieran lo suyo cuando se les daba el sustento, peleándose muchas veces con los grandes, para defender á los pequeños.»

Estas excelentes cualidades del agamí le hacen muy estimable en aquellas regiones



LA TERQUEDAD

En una tarde de Agosto, de esas en que abraza el sol, y sobre el tallo se dobla marchita la pobre flor, es fama que en la laguna, con desconocida voz, una trucha y un cangrejo disputaban *con calor*. Era, según se decía, el móvil de la cuestión saber quién era más listo y más cauto de los dos... La señora doña Trucha al don Cangrejo acusó de atrasado en sus ideas y falto de ilustración.

—Es usted simple, decía, y tiene el vicio peor, que es el caminar de espaldas, pues Dios los ojos nos dió para mirar el camino, y usted va sin ton ni son ¡sin saber por dónde se anda!

Dijo el cangrejo:—¡Eso no! que camino hacia delante siempre que estoy de ese humor y de espaldas cuando quiero.

Esto es tener perfección en mis marchas, pues las hago de dos maneras... ¡de dos!

—Y á mí qué me cuenta usted ¿Ha visto usted cómo yo me vuelvo hacia todos lados, y nadando á mi sabor voy por donde se me antoja, y como me place voy.

—Yo voy mejor.

—Poco á poco;

¡lo que es eso de mejor!

—Yo lo que digo lo pruebo.

—Hago igual declaración

—Pues á ver quién nada más

—A ver quién nada mejor.

—Está dicho, prueba al canto.

—¡Ea!, á la una... á las dos...

—Poco á poco, dijo un mozo

BELLAS ARTES



UNA AVENTURA DE GIL BLAS. CUADRO Ofrecemos hoy á nuestros lectores la copia de un cuadro de José Moreno Carbonero, que figura en primera línea entre los pintores españoles de nuestro tiempo. El asunto de este precioso cuadro está tomado de la conocida obra de Lesage, *Gil Blas de Santillana*. En el capítulo IX del libro I se cuenta que llevado Gil Blas de su mala fortuna á una caverna habitada por una cuadrilla de bandoleros, le obligó su capitán, Rolando, á tomar parte en las fechorías de aquellos salteadores de caminos. En el cuadro aparece el muchacho temeroso de lo que va á hacer, adelantándose á disparar su carabina contra la carroza que venía por el camino con buena escolta.

Gente Menuda

que escuchaba la cuestión desde un puente, disponiendo sus redes de pescador. Yo seré juez, y al más digno le daré su galardón. A ver quién llega primero á la red que echando estoy; á una, á dos y á tres. Su amor propio se picó, y partiendo con presteza, nadando á más y mejor,

á la red los dos llegaron y con la red los pescó. ¡Cuántas veces el orgullo, cuántas veces el tesón, á muchísimos vivientes por su desdicha perdió! ¡Cuántas veces es el término del obstinado tesón una red en que se pesca al que obstinado nació!



ANECDOTAS

Cuando empezó a usarse en Francia el sistema métrico decimal, una señora que no sabía aún distinguir los metros, los gramos ni los litros, envió á su criada á la carnicería por un metro de ternera. «Veré lo que da de sí, se decía, y de esta manera sabré lo que mandaré comprar en lo sucesivo.»

La criada fué por el metro de ternera, y llegó á la carnicería en ocasión en que sólo había en ella un muchacho de la dependencia, no muy fuerte tampoco en el nuevo sistema; pero su amo le había entregado una tabla de equivalencias para consultarla en los casos dudosos.

—Deme usted un metro de ternera—dijo la criada.

El muchacho fué á la tabla y vió que el metro equivalía á unos tres pies, y dió á la criada tres pies de ternera.

El duque de Buckingham, el conde de Rochester y lord Dorset, disputaban en cierta ocasión, ante el poeta inglés Dryden, acerca de cuál de ellos tenía mejor estilo al escribir. Nombraron árbitro á Dry-

den para resolver esta cuestión, y en el acto se puso cada uno á escribir un parrafo.

Examinados por el poeta los tres escritos, proclamó que el estilo de Buckingham y de Rochester, era delicioso; pero que el de Dorset era realmente peor todos.

—Juzguen ustedes mismos—añadió,—y leyó lo siguiente:

«El 1.º de Diciem próximo pagaré, á la orden de Juan Dryden, la cantidad de 500 libras esterlinas, valor recibido. 21 de Noviembre de 1686.—Dorset.»

—Cualquiera vence á ese estilista—exclamaron Buckingham y Rochester, descorazonados.

El gran Sócrates saludó á un ciudadano que no le contestó y siguió orgulosamente su camino. No mostró el filósofo el menor resentimiento por esta descortesía, y como los amigos que le acompañaban se asombrasen de su indiferencia, les dijo:

—Si yo viese pasar á mi lado á alguien que fuese más feo que yo, ¿debería enfadarme por eso? ¿Pues por qué me he de enfadar porque haya pasado junto á mí quien esta peor educado que yo?

En la batalla de Hastenbeck un soldado francés perdió los dos brazos, que le arrebató una bala de cañón. El capitán le dió una moneda de plata, y el pobre granadero dijo tristemente:

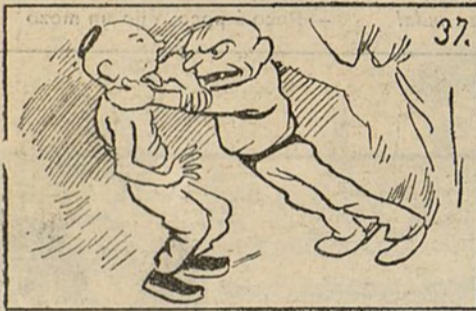
—¡Mi capitán cree sin duda que no he perdido más que un par de guantes!

SOLUCIONES A LOS PASATIEMPOS PUBLICADOS EN EL NUMERO ANTERIOR

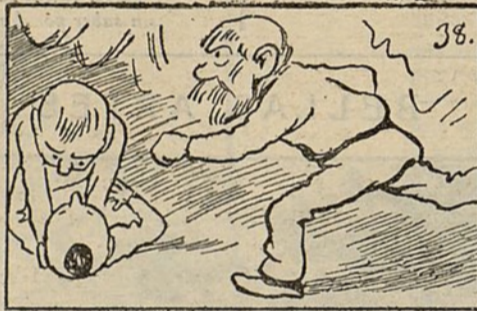
A los acertijos: 1.º, Par.—2.º, El labaco.—3.º, Las letras.

A la charada: Zamorano.

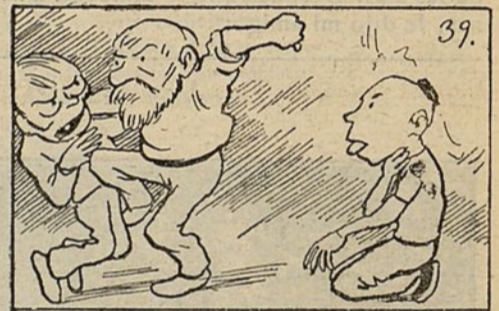
AVENTURAS DE FU-SANG (Conclusión.)



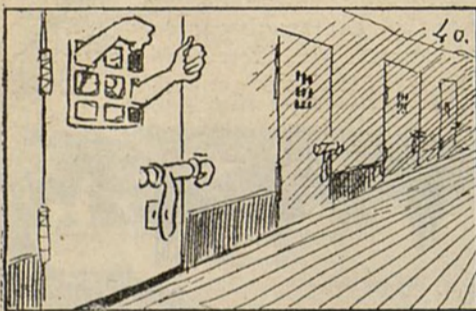
Aquel desalmado se arrojó sobre Fu-Sang y le cogió violentamente por el cuello.



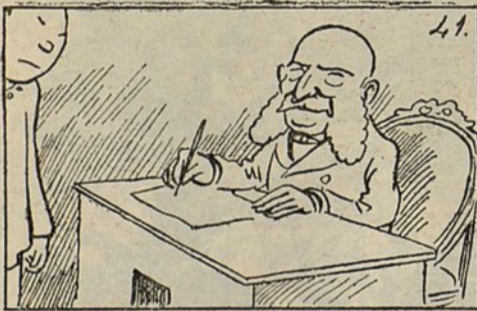
Le arrojó al suelo, y hubiera dado fin del pobre muchacho sin la presencia del otro minero.



Este se puso de parte de Fu-Sang, y dió al agresor un níz de paliza como para él solo.



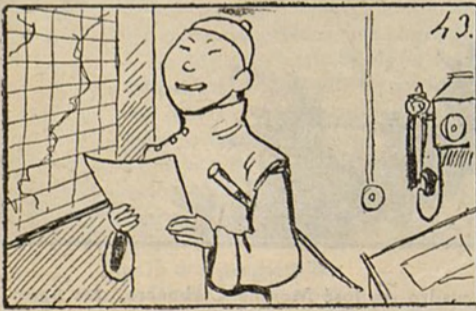
Después le denunció, y el criminal fué encerrado en un calabozo y procesado.



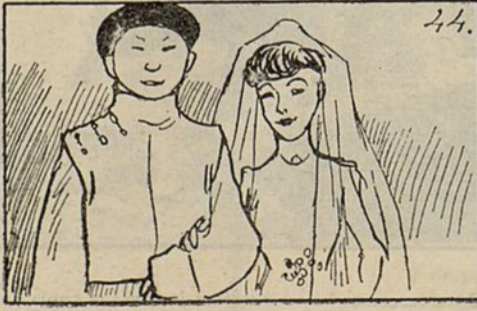
El director de la mina premió el comportamiento de Fu-Sang nombrándole capataz.



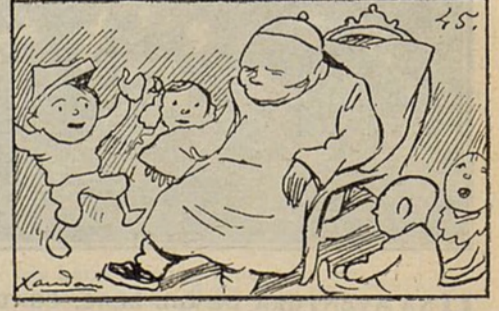
Los mineros, al tener noticias del ascenso, hicieron una ovación al compañero noble y generoso.



La suerte acompañó á Fu-Sang, que llegó á conseguir una posición muy brillante.



Contrajo matrimonio con una joven de gran belleza y bastante rica por su casa.



Y después de muchos años de una vida dichosa murió rodeado de sus nietezuelos.